



Limitación de la intelectualidad

Nuestro amigo Marcelino Domingo publica en EL LIBERAL de Bilbao un artículo titulado: "Los intelectuales y los obreros", a propósito de la felicitación que el Ateneo de Barcelona ha dirigido al gobernador civil de aquella ciudad por la conducta que sigue con los sindicalistas. O con aquellos a quienes se les supone tales.

El artículo de nuestro amigo Marcelino Domingo acaba con estas palabras: "Cataluña, tan limitada por fuera, es, en este momento, aún más limitada por dentro. Es un trozo de tierra de la España peor; de la España paralizada; de la España que envió cruzadas contra la Reforma religiosa y soldados contra la Revolución francesa. Sólo en Cataluña, estas multitudes que claman por el advenimiento de otra sociedad y que las autoridades, y los patronos, y las fuerzas políticas, y los elementos intelectuales combaten a ojos cerrados, descubren una Cataluña ilimitada por dentro: un pueblo superior; un trozo selecto de España. Sólo estas multitudes hablan en Cataluña en esta hora, consciente o inconscientemente, un lenguaje universal."

No nos sorprende el desengaño —pues creemos que alguna vez anduvo engañado— de nuestro buen amigo, porque nunca hemos creído, por nuestra parte, en el liberalismo de la intelectualidad catalanista. Cuando gritan "¡Viva Cataluña libre!", como cuando en nuestra tierra nativa se da un grito análogo, ese "libre" nada o muy poco tiene que ver con las libertades sustanciales por que hoy pelean los pueblos que han salido de la gran prueba de la guerra.

El obrero lucha por pan y por bienestar y por igualdad, mientras que el intelectual que vive del trabajo de su intelecto, aunque también luche por pan, lucha por vanidad, por representación, por vanagloria, y por igualdad, casi nunca. Más que el estómago, el hígado suele guiarle al intelectual.

Hay, además, no pocos obreros, tanto manuales como de los otros, que saben perfectamente que en una sociedad no capitalista a la burguesa, en una sociedad tal como la que el sindicalismo socialista busca, no ten-

drían cábida sus servicios. Y es muy natural que esos obreros teman un cambio profundo y rápido.

La intelectualidad —lo que, bien o mal, llamamos así— está hoy al servicio del régimen burgués capitalista y no se halla muy segura de que sus aptitudes puedan ser aprovechadas en otro régimen. Hay multitud de oficios de la inteligencia, y entre ellos, de los más elevados, que habrían de ser considerados de puro lujo en una sociedad tal como la que sueñan los más de los revolucionarios.

† Nuestro amigo Marcelino Domingo dice que en Cataluña, hoy, sólo las multitudes que claman por el advenimiento de otra sociedad hablan, consciente o inconscientemente, un lenguaje universal. Lo que quiere decir que los intelectuales del Ateneo de Barcelona no le hablan. No han sabido elevar el catalán a lenguaje universal, es decir, a lengua que exprese sentimientos y aspiraciones universales.

Siempre hemos creído que el cultivo en estufa de lenguas regionales, de idiomas que vinieron a parar a dialectos coloquiales, es algo que conspira contra la libertad del alma de los pueblos. Y es algo de una minoría, de un cotarro más bien, de intelectuales que buscan distinguirse y que por la fuerza íntima de las cosas tienen que ponerse al servicio de la clase privilegiada y dominante. El sentimiento que produce el regionalismo —o nacionalismo, si se quiere— es un sentimiento de limitación.

Nuestro amigo Marcelino Domingo, al hablar de la limitación de Cataluña, quiere hablar, sin duda, y lo dice él mismo, de la limitación de la intelectualidad catalana. Y lo mismo podría hablar de la limitación de otra intelectualidad cualquiera, sobre todo si ésta era regional. Porque eso que llamamos intelectualidad, tal como hoy está constituida, es una función de lujo. La intelectualidad suele buscar Mecenas, sean individuales, sean colectivos. Y si un intelectual se salva de la servidumbre, de la sumisión a la clase dominante y privilegiada, no suele ser, de ordinario, en la universalidad, no suele ser poniéndose al servicio de la muchedumbre de los desheredados, sino que suele ser en el más radical individualismo. El intelectual propende a ermitaño.

Obsérvese, además, que Cataluña ha sido acaso la región de España en que menos raíces ha echado el socialismo, el clásico, el histórico, el que representó aquí Pablo Iglesias. ¿Es porque el temperamento catalán sea poco socialista? No lo creemos. Es porque no era posible formar un partido socialista regional y autónomo.

Cuando se dicen estas y otras cosas que a este respecto nos quedan aún por decir, no faltan catalanes que salen con que se escribe contra Cataluña. Es la cantata de un Ventosa, por ejemplo, como es la cantata, en nuestro país nativo, de los nacionalistas. Los de la limitación claman que se les quiere destruir cuando se intenta deslimitarlos o más bien ilimitarlos. Y eso que llaman su personalidad colectiva —cuestión de pura vanidad, de distinción aparential— suele ser la forma de la servidumbre de la inteligencia a los intereses de los bien hallados con el privilegio.

Y aún nos queda por decir no poco sobre esto. Y sobre la mentalidad lugareña que cree estar a la última moda europea, a la que no ha llegado al gran lugarón de la Mancha que dicen ser Villa y Corte de España.

MIQUEL DE UNAMUNO

